

¡No pienses, Abigail! Capítulo 2/3.

Daiana de Lucca



Capítulo 1

¡No pienses, Abigail!

1

Las curvas se extienden al ritmo de mi mano, y con cada ondulación, se difuminan más y más. Los trazos se vuelven frenéticos, entrecortados, y ya no puedo soportar la desprolijidad.

¡Maldita sea! Se ha acabado la tinta del bolígrafo, y casi lo rompo al presionarlo de más una última vez.

Lo arrojo sobre el escritorio, harta de lidiar con el papeleo, y suspiro mientras me levanto y me sirvo una taza de café. Por suerte, tengo una máquina en mi propia oficina; si he trabajado tanto para llegar a estar donde estoy, más vale que pueda darme al menos un lujo estúpido, como para hacer de cuenta que me ajusto al standard de éxito social al que la gente de mente desechable suele aspirar.

Aquí es importante pretender, eso tengo que recordarlo. Bebo mi café junto a la ventana, mirando hacia la ciudad desde el piso veintitrés del edificio más tecnológicamente avanzado de la ciudad, y me dejó caer en la silla con la taza en la mano. Cierro los ojos un instante, y de pronto estoy segura de que he hecho algo torpe. Cuando los abro de nuevo, veo que no me he equivocado: la camisa blanca inmaculada ahora tiene una mancha horrenda de café, justo entre los botones que cierran la línea del sostén, lo cual significa que si no arreglo esto, todo el mundo estará dirigiendo la mirada hacia mi escote, y por ende, cuestionando mi habilidad como mujer para gerenciar el piso que lidero.

Me guardo las maldiciones, porque en realidad ya estoy preparada. Abro un cajón del escritorio, saco una segunda camisa blanca que me he permitido guardar allí para emergencias, y me cambio sin siquiera esconderme. Después de todo, el siguiente ventanal está muy lejos, tanto que para quien sea que me viera desde allí, sólo sería un punto en movimiento.

Qué terrible sería que alguien me contemplara desde allí. ¿Qué haría un extraño que se asomara a ver los edificios de la ciudad, al encontrar a una mujer en ropa interior colocándose una camisa mientras bebe café entre

cada uno de sus movimientos?

Arrojo la prenda sucia en una bolsa del mercado que tengo también oculta para esta clase de situaciones, y vuelvo a sentarme en el escritorio. La pila de papeles continúa ahí: contratos, pagos a proveedores, autorizaciones de pago de sueldos, presupuestos para mejoras en la oficina. La parte más triste de ser una oficinista de puesto elevado es que cuanto más dinero se gana, más insoportablemente monótono es el trabajo que toca hacer.

Pero aun así, nada es tan deprimente como las reuniones. Porque sí, las detesto, y tengo una en diez minutos. Ya puedo imaginarme a todos llegando tarde porque la encuentran tan aburrida como yo, sino más, porque no tienen que hablar, sino tan sólo escuchar y hacer aportes que al menos intenten sonar inteligentes. La mala noticia es que yo soy la jefa, y no tengo otra opción más que presentarme, porque la que indica la línea de trabajo no puede faltar. Otra de las desgracias de estar a cargo es siempre tener que dar el ejemplo, aunque en el fondo sienta deseos de mandar todo (y a todos) al infierno sin un ápice de culpa ni de responsabilidad.

Claro que a los ojos del mundo, me mantengo impoluta, férrea, con una autoridad que nunca flaquea. Me preparo en la sala de reuniones, pruebo el proyector (el artículo de oficina que más anticuado me parece) y me siento allí, a esperar.

Esperar que todos los hijos de perra que tienen que estar ahí a las once en punto, lleguen con quince minutos de atraso. Porque sí, cuanto más quiero que vengan, más sé que deben estar haciendo tiempo en la cocina, contando chismes junto a la máquina de café, mientras se ríen de lo innecesaria que es la reunión, y de lo insoportable que es oírme dar lecciones sobre la manera correcta de leer reportes, hacer previsiones y cómo cumplir los objetivos de todo el equipo con el menor esfuerzo posible.

Sé que no aprecian mi guía al respecto, pero allá ellos. Si no cumplen, simplemente los despediré.

Finalmente se dan el lujo de aparecerse en la sala a las once y cuarto, cuando el inicio oficial estaba indicado en la invitación enviada por e-mail ayer mismo. ¿Tan difícil es respetar un horario? ¿Tan poca memoria y respeto se puede tener?

A pesar de mi frustración, me guardo las críticas. No es momento para latigazos, al menos no todavía, pero ya tendré mi oportunidad. Sus comentarios eventualmente los traerán al escenario en el que podré escupir obviedades a mi antojo y hacer que se sientan tan pequeños que

se marcharán arrastrándose por el piso, sabiéndose por debajo de mí.

—Buenos días, comencemos con la reunión. Harry, ¿trajiste el informe de salarios? —digo con una sonrisa mitad amable, mitad sarcástica. Aunque en el fondo, es pura satisfacción de saber que sólo tengo que aguardar a que arrojen la primera idea inútil entre las ideas más inservibles... es lo único que sus pequeños cerebros son capaces de producir.

Frente a los cinco presentes, Harry despliega una carpeta de un color asqueroso que sólo contrasta con su ropa psicodélica, de esas con muchos patrones diminutos y tonos estridentes, y se acomoda los lentes.

Es tan insufrible que duele.

—Sí, aquí tengo el análisis de remuneraciones —dice, como si tuviese la llave de algún secreto y sólo él fuese merecedor de él—. Y realmente, estamos cobrando sueldos demasiado bajos. Con todo respeto, Abigail, nuestro trabajo vale mucho más que lo que nos pagan, y eso es sin mencionar los maltratos que recibimos todos los días cuando tú estás aquí. —Hizo una pausa corta—. Exigimos una mejora de la retribución mensual y un cambio en el mando de este equipo. Aquí tengo el plan que presentaré a la dirección para ponerlo en acción de inmediato.

Así que no habían estado chismoseando junto a la máquina de café. Habían estado construyendo una conspiración sindicalista, un maldito motín.

Nadie más dice una palabra, es como si lo hubiesen dejado solo. Cuanto más sabe la presa que su destino es ineludible, más deliciosa es la sensación de atacar y ganar.

—¿Qué dijiste? —le suelto, porque no puedo creer su insolencia.

—Yo... yo... —Su boca tiembla, y se nota que comienza a sudar.

—Pregunté qué dijiste. Repítelo, para que pueda oírlo bien.

Se queda mudo y como en un trance ante el sonido de mi voz. No sé qué estará pensando, pero yo sé perfectamente qué debo hacer con él.

Harry... Él no me sirve. Es demasiado sensible, demasiado idealista, demasiado humano. Sí, él es el primero que debería desaparecer, y lo ideal sería que fuese por su cuenta, para evitarme firmar los papeles de su despido.

Ya he decidido el destino de Harry... ¿pero qué diablos le pasa?

Se levanta, me mira con ojos perdidos y traga saliva como si fuera a desmayarse. En lugar de eso, da vuelta a la mesa y creo que va a levantarme la mano, pero no.

Sus manos se cierran como puños, y luego corre hacia el ventanal, choca contra el vidrio con una fuerza descomunal, y lo rompe en pedazos, atravesándolo.

Es cuestión de segundos, y se escucha el vacío del silencio. Yo proceso qué acaba de pasar.

Hay un ruido sordo muy leve, exclamaciones que se pierden entre el viento como un eco que se desvanece, y mientras los demás están inmóviles en sus asientos, me acerco al ventanal roto para asomarme. Incluso me corto un dedo por apoyarme demasiado fuerte en él.

Ahora soy yo quien traga saliva, quien intenta calmar al corazón acelerado por un evento inesperado como aquel.

Desde ahí puedo ver a Harry lo suficientemente bien como para entender lo justo y necesario.

Su cuerpo yace a gran distancia, como una figura desdibujada contra el asfalto, pero en derredor de la silueta oscura, también puedo ver unas manchas irregulares, que se unifican en una más grande justo por debajo del cuerpo.

Claire grita en la sala, desesperada, se trastabilla con su silla y cae de rodillas sobre la alfombra. Ella y Harry están teniendo un amorío a escondidas, sí, pero su manera de actuar es ridícula. ¿Acaso no sabía que su novio tenía pensamientos tan intensos que pretendía acabar con su vida?

—¿Qué hizo?! ¡¿QUÉ HIZO?!” —berrea, llorando como una condenada, y yo le explico lo evidente intentando no darle a entender que es una idiota.

—Harry se ha suicidado, está claro —resumo.

Tal y como lo pensé.

Capítulo 2

¡No pienses, Abigail!

2

El maldito accidente de Harry conmociona tanto que es como si él se empeñara en hacerme la vida imposible, como si fuera su diversión alterar mi rutina con algo tan insignificante como su suicidio. Ni muerto puede dejar de causarme problemas dignos de un insecto que sólo busca atención.

Toda la sensiblería alrededor del hecho es abrumadora, y no porque Harry fuera siquiera tan apreciado. En realidad, lo que resulta insoportable es que en la oficina, todos hablaban pestes sobre él, llamándolo ingenuo, ignorante, disconforme.

En definitiva, un "soñador". Un estúpido que no tiene idea de lo horrible que el mundo verdaderamente es.

Entonces, yo estoy de acuerdo con ellos, aunque agregaría que Harry era, además, completamente reemplazable. Irrelevante incluso, como una mosca de la fruta que muere al día de nacer, y nadie da cuenta de su paso por la aventura de la vida. Pero al menos yo lo trataba por lo que era, sin máscaras: un inservible que no tenía ni un gramo de valor para mí.

Claro que la única que no está de acuerdo con los comentarios es la sonsa de Claire, que como buena idiota enamorada, se la pasa peleando a los gritos con todo el mundo y repitiendo sin que se le cansen los pulmones que Harry era el único que luchaba por sus derechos. Es tan ilusa, y la lástima que siento por ella es tan grande.

Casi.

Porque gracias a devoción por su condenado novio finado y su conducta irresponsable, incapaz de callarse la boca, las reuniones son un hervidero y en los pasillos no se puede ni estar. El trabajo se atrasa, y hay más que firmar, y la gente no para de crear rumores y de preguntarme qué va a pasar. Lo más inédito es que me reclamen que la compañía se haga cargo de los gastos. Si antes era obvio que los empleados eran unos

desquiciados, está claro que ahora también son unas sanguijuelas.

Respondo a la enésima consulta por la que me persiguen por los rincones del piso, y digo que habrá novedades pronto.

No me importa que se note que miento; mejor que así sea, porque entonces el próximo hijo de perra que se sienta "herido" por mi honestidad, pateará la puerta y se largará. Nada podría venirme tan bien.

Al fin escapo de los micrófonos invisibles de los malditos que se creen que trabajo para ellos en lugar de ellos para mí, y me encierro en una oficina. Es la oficina de Trent, y la verdad no me da ni una pizca de culpa el meterme ahí.

—Abigail... —dice él cuando cierro la puerta con fuerza.

Visto así, sentado tras el escritorio y con la luz de la tarde que baña su figura fuerte y masculina, quisiera tener el edificio completo sólo para nosotros dos. Me dejo caer en el asiento frente a él, y trato de contener mis verdaderos deseos.

—Necesito aire. Es indignante, no dejan de importunarme, como si a mí tuviera que interesarme que el malnacido de Harry se lanzó por la ventana.

—Sabes perfectamente que sí debería ser así. Son tus empleados.

—¿Míos? Por favor, si yo no los elegí. No tengo la culpa de que los de arriba no me permitan despedirlos a todos juntos por inoperantes y, además, insoportables. ¿Has escuchado a Claire? ¡Por Dios! La detesto. Sería estupendo que se deprimiera tanto que ya ni hubiera que verla por aquí.

Hay un momento de silencio, que cambia el ritmo de la conversación. Trent pone una expresión que conozco bien, y su corporalidad se vuelve poderosa.

—Tu empatía es conmovedora.

Lo escucho, pero no digo nada todavía. Me gusta saborear la provocación.

Sin embargo, más me divierte responderla.

—Sí. Pero así es exactamente como te gusto.

Le doy poco tiempo para pensar en cómo contestar. Me levanto del asiento, doy la vuelta al escritorio, y acaricio sus hombros, pegándome a

él.

—Abby...

Él suspira, y me aleja de él con parsimonia.

Su expresión ya no es la misma.

El juego, que acaba de comenzar, ya ha acabado.

Hasta pronuncia la palabra prohibida.

—Mi esposa...

—Sí, sí —suelto yo, cargada de una energía que no puedo aguantar—. La mierda de excusa que quieras lanzarme.

Me largo de la oficina de Trent sin que pueda inventar más razones para tratarme de esa manera. ¿Qué es lo que acaba de pasar? Los dos hemos estado de acuerdo con lo que hacemos por mucho tiempo. ¿Y ahora de pronto le da por pretender que tiene conciencia?

El día se completa con más preguntas, con más papeleo, y con conferencias virtuales acerca de cómo lidiar con la maldita muerte de los empleados. Me pregunto por qué diablos los entrenamientos no nos permiten simplemente prescindir de aquellos a quienes no necesitamos. ¡Que se mueran en otra parte si quieren, pero no en la sala de reuniones! Además, era Harry quien se mató. A nadie le importaba ni le importa realmente. ¿Cuántas veces tengo que repetirlo?

Por la noche, en casa, como el sándwich gourmet que me merezco por encontrarme en un peldaño más alto que el resto de las personas con las que convivo a diario. Esa condición es natural, y ya bastante hago con no decir todo lo que pienso para que comprendan el lugar al que pertenecen. En realidad, la vida debería recompensarme cada mañana por mi paciencia en lugar de hacer de mi existencia un infierno.

Abro una botella de vino, pongo los pies sobre la mesa en mis mejores pantuflas, y mientras bebo escuchando los sonidos de la ciudad que entran por los ventanales de mi departamento, oigo algo más. El teléfono suena una, dos, tres veces. Al principio me importa un cuerno quién es. Al final, sólo quiero insultar desde lo profundo de mi ser a quien se atreve a llamarme sin un mínimo sentido de la hora, pero entonces veo el nombre en el aparato, y atiende.

—¿Qué quieres?

—Estoy yendo a tu casa.

La voz de Trent se eleva por entre otros sonidos de ciudad, y el de un motor. Sí, está en la calle, y conduciendo.

—A tu mujer eso no le gustará —retruco.

—Por lo que a ella concierne, estoy en una reunión de trabajo. Técnicamente, es cierto.

Así que regresamos al juego, y esta vez en mi casa. Sonrío para mí misma, porque en el fondo siempre he creído que Trent no sería capaz de dejarme.

—Una reunión de trabajo plagada de sexo. Eso me convence.

Me encanta escuchar mis propias palabras, sobre todo cuando sé que son las correctas. Si a eso se suma una demostración de mi inteligencia, no puedo estar más orgullosa de mí.

—Abby, no se trata de eso. Tenemos que hablar.

No me gusta cómo suena eso.

—Estás bromeando.

—No. Lo siento. Voy para allá.

Está a punto de cortar, pero no, no voy a permitir que lo haga.

—No vendrás porque yo no te quiero aquí, ¿entiendes? Puedes llamar a la puerta cuanto te dé la gana, porque no abriré. Ah, y la próxima vez que necesites un revolcón, recuerda que ya tienes dos manos bien dispuestas a satisfacerte, o una mujer a la que le pones los cuernos como mínimo una vez por semana.

Soy yo quien corta la conversación y arroja el teléfono sobre la mesa. Me llevo las manos a la cabeza, tiro de mi cabello sin poder comprender por qué Trent diría algo así, por qué de repente no quiere verme, por qué me he convertido en una mujer rechazada por un maldito hombre que es igual que culpable que ella, ¿pero que la juega de mártir, o de arrepentido? ¿Quién se cree que es? ¡Iré a ver a su esposa! ¡Le contaré todo! No me importa si tiene una familia. ¡Él se equivocó primero, por acercarse a mí!

Y veo una luz brillante, dispersa, y me sobresalto como si hubiera una explosión, y huelo que algo se quema. No me quedado sin electricidad; ha

sido el microondas, que ha hecho un chispazo.

Voy a ver qué ha pasado, y la consecuencia es evidente: ya no funciona. ¡Maldita sea! Ahora recuerdo que antes de abrir el vino, había puesto agua a calentar en una taza ahí dentro, porque pretendía hacerme un té... Un té que luego había olvidado y cambiado por algo más fuerte que me ayudara a alejar mis demonios y a pensar en algo distinto a los malnacidos que no me permiten existir en paz.

La noche transcurre en silencio como pocas. Llega la mañana, y lamentablemente mi deber es presentarme a trabajar con inútiles otra vez. Entro a mi propia oficina sin deseos de hablar con nadie, cierro la puerta, pero alguien toca del otro lado con los nudillos, y eso ya me pone de los nervios.

Estoy a punto de gritar que no estoy de humor para atender, sin preámbulos, cuando la puerta se abre sin mi permiso, y, como si me faltara algo para comenzar la mañana, es Claire. Odio tanto su actitud de inocencia y su supuesto amor por Harry que no puedo evitar hablarle con desprecio.

—Debes tener una muy buena razón para interrumpirme sin que te lo permitiera.

Es extraño, porque ella no se amedrenta con mi tono. Es algo más que le incomoda. Sin entrar a la oficina, y con tono afligido, se explica.

—¿No te has enterado? Abigail... Trent ha sufrido un accidente.